

COLECCIÓN PÚRPURA

RAFAEL PINEDO

✦ Subte



EDICIÓN DE
SALTO DE PÁGINA

El tacto, el oído, el olfato son nuestros mejores aliados si de lo que se trata es de sobrevivir en la oscuridad. Y, en el mundo de Proc, la mayor parte del tiempo es de eso de lo que se trata. Cuando la supervivencia acapara toda o casi toda nuestra atención sucede también que la frágil capa de civilización que nos protegía del horror no tarda mucho en resquebrajarse. Pocos autores han sabido hablar del desamparo radical que viene después como lo hizo Rafael Pinedo, autor de culto de una obra extraña y original.

Rafael Pinedo

Subte

Rafael Pinedo, 2006

De esta edición: Editorial Salto de Página, 2012

... Hay seres humanos que se quedan de rodillas esperando el fin con resignación, o que buscan congraciarse con el verdugo. Y hay otros, los menos, que intentan echar a correr. Intentan ser libres y vivir durante quince metros. Es muy poco, porque el tiro al final llega igual. Pero durante esos quince metros que corre, el ser humano es libre. Esos quince metros se llaman amor, amistad, dignidad, decencia, caridad, honradez, coraje, compasión, solidaridad. En esos quince metros, aparentemente muy cortos, el ser humano puede hacer muchas cosas importantes. Toda la diferencia entre los hombres, para mí, reside en cómo corre o no corre esos quince metros. Eso es el libre albedrío posible dentro de las reglas generales de un cosmos que no tiene sentimientos.

ARTURO PÉREZ-REVERTE
Entrevista en el diario *La Nación*.
Buenos Aires, 17 de mayo de 2006

|

Corría aterrada por las vías. Apenas podía controlar el bamboleo de su enorme vientre de ocho lunas de embarazo.

Detrás escuchó el ruido de un hueso quebrándose. No necesitó darse la vuelta para saber qué había pasado. Dos zancadas antes ella había pisado un durmiente roto. Su entenado venía corriendo detrás, y había metido el pie allí.

Imbécil. Debía de tener el paso cambiado.

Se lo repetían hasta el cansancio: «seguir el paso, el de adelante marca el paso, no cambiar el paso, así cuando no se ve bien sólo se arriesga uno».

Sin mirarlo sabía que estaba acostado entre los rieles con una pierna rota.

Lo escuchó gemir: no se había desmayado. Peor para él, tendría que soportar el dolor.

Una idea estalló en su cabeza: su cuchillo. Ella se lo había dado para que raspara unos hongos que estaban arriba, en el túnel. Era su obligación, pero su panza la ponía demasiado pesada para trepar.

Y así estaban, ella mirando desde abajo y el entenado colgado del techo del corredor, cuando oyeron los lobos.

Corrieron. ¡Y el entenado se había quedado con su cuchillo!

No podía frenar de golpe. Una mano de travesaños más allá consiguió aminorar, girar y emprender el regreso.

La jauría estaba cerca, muy cerca, demasiado cerca. No sólo se oían sus gruñidos sino que ya se percibían las pisadas contra las vías y los maderos. Eran muchos.

En la penumbra del túnel distinguió la cabeza levantada del entenado. El la había visto ¡Mierda!

Tenía que volver. Y los lobos estaban cerca, muy cerca,

demasiado cerca.

Se apresuró todo lo que pudo, que no era mucho. El niño no dejaba de mirarla; en su carita de apenas seis marcas se podía ver un grito atrapado.

La distancia al entenado se acertaba, pero la de las bestias también. Cuando estaba apenas a tres durmientes el chico estiró una mano.

Ella se desvió y corrió con un pie a cada lado del riel. Empezó a detenerse. Cuando estuvo cerca como para ver en la penumbra, notó que el accidente era peor de lo que había imaginado: un hueso blanco salía de la pantorrilla del chico. Debía de doler mucho. Y el olor de la sangre había enloquecido a los animales.

No pudo evitar mirarlo a los ojos. Era un perro apaleado pidiendo perdón.

Ella se acercó con cautela. El estiró los brazos e intentó aferrarse. Ella lo esquivó. Le pegó un tirón al morral de cuero de perro, que él tenía cruzado en bandolera. La correa resistió y el movimiento arrastró al chico. Ella lo vio contener un grito.

Cada instante era un durmiente menos entre ellos y los lobos: Abrió el bolso y resistió la tentación de meter la mano hasta el fondo. Su propio cuchillo cortaba como una navaja. Si se lastimaba, aun con los guantes puestos, el olor de la sangre dejaría un rastro muy claro para la jauría.

Introdujo la mano con cuidado. La suerte estuvo de su lado ¡Santa Oscuridad! Lo primero que tocó fue el mango. Lo aferró y lo sacó. Buscó otra vez y encontró la púa del entenado. Se la puso en la mano.

Volvió a mirar los ojos del niño. Vio terror, vio que había comprendido: sólo estaba esperando que lo matara de una buena vez.

Ella decidió que vivo le iba a dar más tiempo que muerto. Le sonrió y salió corriendo en dirección opuesta a los aullidos que ya se escuchaban cerca, muy cerca, demasiado cerca.

Esperaba que el entenado intentara defenderse, no estaba segura de cuánto tiempo podría resistir, no sería mu-

cho, pero para ella cada instante contaba.

El macho alfa de la jauría se detendría y lo atacaría de frente, mientras los otros lobos lo harían por la espalda. Los más jóvenes demorarían muy poco en darse cuenta de qué de esa presa no les iba a quedar nada, y en ese momento seguirían adelante para cazarla a ella.

II

Ganaba velocidad. El vientre se sacudía al ritmo de las zancadas, más rápido, cada vez más rápido.

No estaba segura de dónde estaba, había corrido a la desesperada. Era tarde para recordar la repetida frase de la machorra Grac: «Mirar en la penumbra, orientarse, después correr».

Su suerte dependía del estado de la vía. Un pozo, un durmiente roto, y ella y su feto terminarían en la boca de los lobos.

Pero corría. Corría. Corría lo más rápido que su cuerpo la dejaba. Corría con el cuchillo en la mano. Aferraba el mango, aferraba por el mango el alma del hijo que daría a luz.

De esa hoja había recibido ella el alma, con esa hoja pasaría el alma a su descendencia... si podía escapar de la jauría.

Ojalá pariera hembra, para que la niña pudiera conservarlo y en las rondas de la tribu las mujeres de más marcas le contaran cómo su madre había escapado de los lobos, cómo lo había perdido, cómo había corrido hacia las fieras para recuperarlo, cómo lo había sacado del morral del entenado para conservar el espíritu de su hija.

Ojalá naciera hembra y creciera, y recolectara hongos con ese mismo cuchillo, y nunca se lo diera a su entenado como hizo ella, que ahora estaba a punto de ser comida por estúpida.

Ojalá naciera hembra y creciera, y cuando tuviera la menarca participara en la Ceremonia de Apareo, y recibiera el Aplauso por quedar preñada en la primera vez, y pariera otra hembra que también se llamaría Proc, como se llama-

ba ella, como se había llamado su madre, y cómo se había llamado su abuela.

Y así, en la pared, bajo el nombre Proc, se sumaría otro nombre igual, bajo el de su abuela, el de su madre, el suyo.

Ojalá ella pudiera sobrevivir a estos lobos, y parir, aunque fuera un varón, porque los varones tienen un alma diferente, que no los deja tener cuchillo. Aunque su hijo varón tuviera una púa en lugar de cuchillo. Igual llevaría ese nombre, aunque con «o», se llamaría Proc-o, sería su hijo, sería una continuación de su nombre.

Y si alguna hembra perdía su cuchillo los viejos le entregarían el suyo, y esa que lo tuviera pasaría a llamarse Proc.

O, si hacían Intercambio con otra tribu, perros contra hembras, una de las nuevas recibiría el alma de Proc, y su nombre.

Y en cualquiera de los casos ese varón que ella podría parir si conseguía escapar de los lobos sería el padrillo de aquella hembra en el siguiente acople.

Y esa nueva Proc estudiaría su historia, la de su madre, la de su abuela. Y adoptaría su pasado, tendría una nueva abuela, una nueva madre, sabría cómo su madre corrió y corrió de los lobos para salvar el espíritu que le pasó en ese cuchillo.



Un aullido más fuerte la trajo de vuelta. Casi tropieza. Se dio cuenta de que pensar la ayudaba a correr más veloz, sin ocuparse del peso de su panza.

Como decía el viejo Birm: «El miedo sale de la cabeza, no del cuerpo. El miedo paraliza, no deja correr, no deja huir». Huir hacia delante, hacia cualquier lugar lejos de los lobos, lejos de los dientes que se clavan, que arrancan, que se enloquecen con el gusto de la sangre, con el sabor de la carne desgarrada, arrancada viva, masticada sobre el grito, sobre el dolor.

Estaba más oscuro, casi no veía qué había por delante.

Detrás suyo estaban las bocas que buscaban su cuerpo, su vientre, su feto preso allí, sin poder salir, su feto que no puede defenderse, que no puede sino dejarse matar por los lobos, por el hambre de los lobos.

Escuchó cerca, muy cerca, demasiado cerca, las patas de los lobos contra la madera, contra el metal de los rieles, contra el balasto entre los durmientes.

Y el túnel se hizo más oscuro, más oscuro aún que los que ella conocía, que cada tanto tienen un agujero en el techo por donde entra el sol, la luz del sol, una luz que no hay que tocar porque quema; ilumina pero también quema la piel, despierta los bultos en las axilas, en las ingles, en todo el cuerpo.

En este túnel no había agujeros, y casi no podía ver más allá de cuatro o cinco travesaños, y las paredes no mostraban ninguna bifurcación, ninguna puerta de esas que a veces aparecen, con cuartos oscuros llenos de objetos incomprensibles.

Forzó la vista para ver más lejos. Y un poco más. Vislum-

bró una mancha negra, allá adelante.

Podía ser un derrumbe, el corredor bloqueado. Eso sólo podía significar algunas piedras para demorar su muerte.

Podía ser una curva: una curva es siempre una esperanza.

De repente a su izquierda una sombra más sombra que el resto. Tres o cuatro durmientes de ancho. No pensó. Aminoró el paso.

Si sólo era una parte de pared más oscura, ella sería carne de los lobos.

Consiguió detenerse y volvió sobre sus pasos. Ya percibía los gruñidos. Estaban cerca. Muy cerca. Demasiado cerca.

Una abertura. Sin luz. Tanteó con el pie: el vacío. Se agarró del costado para no caer y tanteó con la mano, con el pie: más vacío.

Le parecía ver algo, pero no estaba segura. Miró hacia atrás, hacia las vías. Allí estaban.

Los lobos.

No los contó; uno, dos o más era lo mismo, los dientes eran lo importante.

Saltó al vacío. Con las manos hacia delante.

IV

Sus manos tocaron algo. Se aferró. Se colgó. Cables. Temió que el peso de su cuerpo hinchado hiciera que se cortaran o se desprendieran.

Cualquier cosa era mejor que ser comida por los lobos.

Por suerte tenía sus guantes. El viejo Birm siempre decía: «Para vivir, vivir con guantes». Y los jóvenes se reían. El viejo los usaba todo el tiempo, hasta cuando estaba en el vivac. Muchos se burlaban y lo ignoraban. Ella siempre se los ponía cuando salía.

Y ahora estaba aferrada con sus guantes a los cables de acero, los cables con pelos de metal que se hubieran clavado en sus palmas, en sus dedos.

En ese momento llegó el primer animal al hueco.

Y llegó otro. Y otro. Más de una mano, no llegaban a dos puños.

Ladraban, tiraban dentelladas al aire. Ella colgaba a apenas tres durmientes del borde.

Los animales de atrás empujaban a los de adelante. Sus ojos se habían ido acostumbrando a la oscuridad y pudo verlos mejor.

Muchas veces le habían hablado de los lobos, muchas veces había visto el resultado de sus ataques, una vez incluso, antes que ésta, los había escuchado. Pero era la primera vez que los veía.

El viejo Birm les enseñaba que eran como los perros, pero más feroces. Y que por eso los llamaban lobos. Que si uno criaba un cachorro de lobo se volvía perro. Y que cuando uno echaba a un perro de la tribu, si sobrevivía, se volvía lobo.

Los jóvenes no le creían y hacían bromas. Pero por todo

hacían bromas. Cosas de viejos, decían, con el tiempo se llenan de bultos y se les nublan las ideas. Iban a clases pero no se las tomaban en serio. Iban porque había que ir, para que les hicieran las marcas en el brazo cada estío. Si no iban no crecían.

Pero finalmente allí estaban los lobos. Esos lobos. Todos diferentes entre sí: más grandes, más chicos. De distintos pelajes, aunque en la penumbra apenas se distinguían los colores. Los veía con y sin manchas; hocicos y patas más cortos y más largos.

Sólo una cosa tenían en común: el hambre, la furia, la desesperación de oler la presa y no poder morderla.

Vio moverse al más grande. Supo que iba a saltar. Se aferró al cable y esperó. La bestia iba a saltar. A saltar sobre ella.

Pretendía sostenerse de su cuerpo, morder su carne. No le importaba luego poder o no salir de allí, sólo necesitaba masticar, sentir carne entre sus dientes.

Comenzó a contar los latidos de su corazón. Uno. Dos. Tres. Cuatro. Una mano. Una mano y uno, una mano y dos.

El lobo se preparó, agachó un poco el cuerpo. Saltó.

Ella lo vio venir.

Una boca llena de dientes volaba hacia ella. Pudo ver colmillos blancos. Imaginó la baba.

Revoleó la pierna derecha. La bestia se contorsionó para morder mejor. Su pie dio en una de las patas de la fiera y la hizo girar.

Sintió que se desgarraba su pantalón.

Torciendo la cabeza vislumbró cómo el lobo seguía de largo, empezaba a bajar, golpeaba contra la pared opuesta, un poco más abajo.

El cuerpo negro se hundió en la oscuridad. Ese cuerpo en penumbra aulló. Se escuchó otro golpe, patas intentando arañar una pared, un rugido.

Seguía cayendo, seguía bramando. Cada vez más lejos. Apenas escuchó un ruido sordo, pasados muchos latidos.

El pozo iba abajo, muy abajo. Y ella seguía colgada.

V

El resto de los lobos esperó. Y esperó. Y esperó. Finalmente se dieron cuenta de que no llegarían hasta ella mientras estuviera aferrada a los cables, y de que ella no pensaba moverse mientras ellos estuvieran acechándola.

Se fueron corriendo, a ver si todavía quedaba algo del festín del entenado.

Y ella colgada.

Sabía dónde estaba: era un ascensor.

Recordaba las clases del viejo Birm, el lugar se llamaba «pozo», o «hueco», y en algún lugar debía de haber una caja metida que cortaba el pozo en dos: arriba y abajo.

Debajo no estaba, pues el lobo cayó, cayó y cayó; debía de estar encima o haber desaparecido.

Pero eso no le servía para nada, porque ella no podía subir, sólo podía bajar.

El viejo Birm había dicho: «Uno va por el túnel, encuentra un cuarto pequeño, entra, los cables se cortan por el peso, el cuarto se cae, uno se muere. Eso es un ascensor».

Hablaba raro el viejo Birm. Decían que no había nacido en la tribu, que llegó ya grande. Ella no sabía de dónde venía, nunca le había preguntado, aunque decían que no hablaba del tema. Pero por eso, porque no era de la tribu, se llamaba Birm, y no Birm-o. Ellos se reían, decían que tenía nombre de hembra, no de varón. Pero al viejo parecía no importarle.

Ahora se daba cuenta de que tendría que haber prestado más atención a las clases, a lo que decía el viejo y la machorra Grac. Las clases eran para esto, para enseñarles a